

**POESÍA BAJO LA NIEVE:  
RAFAEL ALBERTI Y FEDOR KELYIN  
(Moscú, diciembre 1932 - febrero 1933)**

NIGEL DENNIS  
University of St Andrews

«Otro mundo he ganado»  
Rafael Alberti

El primer viaje que Rafael Alberti hace a la Unión Soviética a finales de 1932 tiene una importancia decisiva en su formación personal, ideológica y literaria. El propio poeta recalca su significación cuando, en *La arboleda perdida*, lo comenta en los siguientes términos: “fue para mí entonces como realizar un viaje del fondo de la noche al centro de la luz”<sup>1</sup>. Deja constancia de sus impresiones del país en seis largos artículos que se publican en el periódico madrileño *Luz* en el verano de 1933 bajo el título general “Noticiario de un poeta en la URSS”<sup>2</sup>. En todos ellos se trasparenta su admiración por los grandes cambios producidos en la sociedad rusa a raíz de la Revolución de 1917. Alberti habla en términos elogiosos de la “sana alegría proletaria” de las fábricas y del “nuevo tipo humano que en nada se parece al producido por la miseria y el ocio” (“Noticiario”, 128, 130). Pero presta atención especialmente, como es natural, a sus encuentros con toda una serie de escritores soviéticos y alude al empeño con que emprende traducciones de sus poemas. Durante su estancia en Moscú y, ante todo, en el marco de sus actividades de índole cultural y literaria, la ayuda del hispanista ruso Fedor Kelyin es fundamental. Lo reconoce el propio Alberti cuando en su “Noticiario” dice: “Teodoro Kelyin fue nuestro mejor guía de Moscú y uno de los más grandes amigos que hemos dejado allí, en la Unión Soviética” (120).

A pesar de su enorme prestigio en el mundo cultural ruso y sus numerosas aportaciones al desarrollo del hispanismo en la Unión Soviética, son muy escasos los datos concretos que tenemos sobre Kelyin. El propósito del presente trabajo es recordarle en el marco de sus relaciones amistosas con Alberti, dando a conocer por primera vez el testimonio que él dejó escrito en 1934 sobre su primer encuentro con el poeta español.

---

(1) *La arboleda perdida*, p. 26.

(2) Estos artículos han sido recogidos en sucesivas ediciones de las *Prosas encontradas* de Alberti. La que he manejado es la última, de 2000, y a ella remiten los textos citados.

Fedor Viktorovich Kelyin nació en Moscú en mayo de 1893<sup>3</sup>. Cursó estudios en la Facultad de Filología Histórica de la Universidad de Moscú y en 1923 dio los primeros pasos de una larga y fecunda carrera profesional —de crítico, poeta y traductor— que durará hasta 1965, año de su fallecimiento. Las actividades de Kelyin se orientan primordialmente hacia la cultura hispánica en general y la literatura española de particular. Traductor de autores clásicos (Lope, Calderón, Cervantes) y contemporáneos (Machado, Lorca, Bergamín), se encarga durante la segunda guerra mundial de la edición española de la revista *Literatura Soviética*. Durante esa época y en años posteriores, su más estrecho colaborador es César Arconada que, como es sabido, fija su residencia en la Unión Soviética después de la Guerra Civil. Kelyin es el compilador del primer diccionario español-ruso publicado en la época soviética y prologa diversas ediciones de textos de Tirso de Molina (1935), García Lorca (1957), Rubén Darío (1958) y Cervantes (1961). Llega a desempeñar las funciones de Vice-Presidente de la Asociación Soviética de Amistad y Cooperación Cultural con América Latina.

En 1937 Kelyin forma parte (con Ilya Ehrenburg, Mikhail Koltzov, Alexis Tolstoi y varios otros escritores) de la delegación rusa que asiste al Segundo Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, celebrado en Madrid, Valencia y Barcelona<sup>4</sup>. Es el único miembro de esa delegación que lee su discurso en español<sup>5</sup>. Durante su estancia en España traba amistad con destacadas figuras de la intelectualidad republicana, entre ellas Juan Chabás y José Bergamín. De hecho, Chabás le dedica un gran elogio en las páginas de *El Mono Azul*, órgano de la Alianza de Intelectuales Antifascistas de Madrid; ya después de la guerra, en México, Bergamín da a conocer extractos de su correspondencia con el hispanista ruso<sup>6</sup>. No sorprende constatar que durante la guerra la Universidad de Madrid le nombra doctor *honoris causa* por su infatigable labor en apoyo a la cultura española.

No estaría de más reproducir la descripción que Alberti ofrece en 1933 de su primer encuentro con Kelyin y de los frutos inmediatos de su colaboración con él:

Tres días llevábamos en Moscú cuando la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios (MORP) nos invitó a quedarnos con ellos. Teodoro Kelyin, poeta y profesor de castellano en la Universidad, una mañana, a las ocho, llamó a la puerta de nuestra habitación del hotel Novo Moskóskaia. Desde aquel día, todos, durante dos meses, con su gorro de astracán encasquetado en forma de cucurucho, sus ojos azules de eslavo purísimo, disminuidos por unas gafas, y su vocecita de colegial temeroso, nos acompañaría, hablándonos un español perfecto, por el frío —25 ó 30 bajo cero— de Moscú. Con él fuimos a las oficinas de la MORP. El nos dio a conocer, aquella tarde, a Bela Ilés, escritor húngaro refugiado en la URSS, que formó parte del gobierno de la

---

(3) Cabe notar que existen varias versiones en español tanto de su nombre como de su apellido. “Fedor” es el equivalente de “Teodoro” en español y así le llama Alberti. “Kelyin” se escribe a veces “Kelin”. Toda la información bio-bibliográfica que tengo sobre Kelyin proviene de la *Breve Enciclopedia Literaria* (Moscú, 1966), editada por A. A. Surkov, y me ha sido facilitada por mi colega Roger Keys. Me es grato reconocer aquí la valiosa ayuda que éste me ha prestado en la redacción de este trabajo.

(4) Véase el importante estudio de Luis Mario Schneider, *Inteligencia y guerra civil española. II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (1937)*. p. 79.

(5) El texto de su discurso está reproducido en el tercer volumen de los tres que dedican Schneider y Manuel Aznar Soler al tema del Congreso de 1937, pp. 96-99.

(6) De Chabás, véase su “Fedor Kelyin, un gran hispanista soviético” de agosto de 1937. Para la correspondencia entre Kelyin y Bergamín, véanse los tres números de la revista *El Pasajero. Peregrino Español en América* (México, 1943-1944).

vencida república soviética de su país. Con la ayuda de Teodoro Kelyin, en el calor de nuestro cuarto sobre el río Moscova, tradujimos al castellano poesías de Blok, Maiakovski, Vera Imber, Svetlov, Asseiev... Y al ruso, algunos poemas de Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Federico García Lorca y, con un colectivo de poetas bajo su dirección, mi último libro de poesías, titulado *Campesinos de España*. Teodoro Kelyin nos llevó a dos de sus discípulos, también jóvenes escritores, para compartir con ellos su tarea. Estos muchachos pasaban a su idioma los artículos que diariamente, y con urgencia, nos pedían diversas revistas y periódicos. Y hubo un momento, un día, en que al verme así rodeado me acordé de una miniatura que hay en El Escorial, donde aparece Alfonso el Sabio presidiendo, con una larga pluma de ave, un coro de barbudos traductores. Teodoro Kelyin nos dio cuenta del entusiasmo que por España siente la Unión Soviética. Y nosotros pudimos comprobarlo. (“Notiario”, 118-19)<sup>7</sup>

Hasta ahora el único testimonio sobre esa estancia trascendente de Alberti en la Unión Soviética ha sido el del poeta, contenido en parte, como hemos anotado arriba, en sus reportajes de 1933 y en parte en el segundo libro de sus memorias. Sin embargo, debido a una feliz casualidad ha llegado a mis manos un largo artículo de Kelyin de 1934, en que el hispanista ruso ofrece su propia perspectiva sobre el tema<sup>8</sup>. Como las observaciones de Kelyin tiene un innegable interés histórico para comprender el impacto que causa sobre Alberti su primer contacto con la realidad de la Rusia post-revolucionaria, me permito reproducir a continuación algunos de los fragmentos más reveladores<sup>9</sup>:

Los Alberti llegaron un fin de semana de principios de diciembre y, desgraciadamente, en uno de los días más desapacibles de nuestro gélido clima moscovita. Recuerdo muy bien las circunstancias de este primer encuentro, y la impresión que me dio Alberti. Nos reunimos en el vestíbulo del hotel. Tenía una cara pálida y oblonga, ojos negros, pelo negro peinado hacia atrás, una nariz delgada, recta y una barbilla protuberante y obstinada. Su cara parecía joven, pero alrededor de su boca unas profundas líneas le daban carácter. No tenía ni bigote ni barba. Era atractivo, en un sentido apasionado, meridional. Parecía más un italiano que un español, en mi opinión. Su cabeza parecía haber salido directamente del pincel de un maestro del Renacimiento italiano. En los demás aspectos, era un hombre compacto, ancho de hombros. Vestía un abrigo de color arena, y en su cabeza una boina negra. Llevaba botas de suelas gruesas, caminaba a zancadas largas y firmes, y cuando permanecía de pie lo hacía con las piernas algo separadas. Cuando escuchaba, inclinaba la cabeza a un lado, como hacen todos los grandes cerebros. Cuando pensaba, jugaba

---

(7) Este párrafo está sólo reproducido parcialmente en *La arboleda perdida* (pp. 27-28). Es interesante notar que en sus memorias Alberti no sólo corta sino que también amplía. Al hablar de Kelyin en *La arboleda perdida* dice, por ejemplo: “Con él (= con Kelyin) conocimos a los escritores Fadeiev, Ivanov, Gladkov, ya traducido entonces en España, a los poetas Aseiev, Kirsanov, Kaminski, Bezimenski y Pasternak, que fuimos por casi todos ellos invitados a su casa” (p. 28). El libro titulado *Campesinos de España* no llegó a editarse. Algunos de los poemas que Alberti escribió sobre este tema pasaron a *El poeta en la calle* (véase la nota núm. 11).

(8) Quien tiene el honor de haber localizado el artículo de Kelyin sobre Alberti, en el curso de sus investigaciones en la Unión Soviética, es Rosemary Fasey, estudiante de doctorado de la Universidad de St Andrews. Mientras redacta estas páginas, la señorita Fasey está finalizando su tesis doctoral sobre el fascinante tema del impacto de la literatura rusa sobre la española durante la época de preguerra. En esta tesis presta una atención especial al “caso” de Alberti y reproduce, casi íntegro, el artículo de Kelyin, traducido por ella misma al inglés. Quisiera expresar mi más sincero agradecimiento a Rosemary Fasey por haber puesto a mi disposición su traducción del desconocido texto de Kelyin.

(9) La versión española del artículo de Kelyin, hecha en base a la traducción al inglés de Rosemary Fasey, es de mi amigo y colega Santiago Pérez Isasi, a quien agradezco su generosa colaboración en el presente trabajo.

con su pelo. Siempre cerca de su mujer, viva, habladora y hermosa, de un tipo que no habríamos imaginado, con el pelo del color del trigo y los ojos grises, Alberti parecía tímido y pausado. Pero esta fue sólo la primera impresión: en realidad no era menos vivo que ella, ni estaba menos impresionado que ella por las cosas que le resultaban nuevas [...]

El encuentro, tristemente, fue breve. “Vuelva mañana, pero un poco más temprano”, me dijo María Teresa (Rafael confirmó la invitación con un gesto silencioso de la cabeza), “y entonces podremos hablar de todo”. Sin embargo, a pesar de la brevedad del encuentro, nos dio tiempo a hablar de bastantes cosas. María Teresa (que fue la que más habló) me contó el entusiasmo de los grupos intelectuales de izquierda con todo lo soviético. “No puede imaginarse lo grande que es el entusiasmo”. Y luego me dijo que habían planeado venir en primavera, pero que se lo impidieron sus numerosos enemigos (“Oh, Rafael y yo tenemos muchos enemigos”) y que ahora venían como turistas pero que su sueño era quedarse en Moscú durante uno o dos meses. Luego su atención pasó a las pinturas del español Benjamín Palencia que habían traído a Moscú<sup>10</sup>. “Realmente deben publicarlas en Moscú, junto con los poemas de Rafael. Sabe usted, ha escrito algunos poemas revolucionarios sobre los campesinos de Extremadura. Puede leerse los ahora, si quiere”. Me preparé para escuchar<sup>11</sup>.

Rafael, con un movimiento rápido y seguro, se levantó de su asiento. Su cara, que hasta ese momento me había estado mirando con simpatía, adquirió entonces una expresión de concentración y se iluminó con cierto resplandor interior. Me recordó involuntariamente al improvisador de *Noches en Egipto*, de Pushkin: “Su cara se puso pálida, empezó a temblar como con fiebre, sus ojos comenzaron a brillar con una luz extraña, hizo un leve gesto hacia su pelo negro, secó su elevada frente, cubierta de gotas de sudor, con un pañuelo ... y de pronto avanzó, se santiguó... se hizo el silencio... y empezó la improvisación”.

Curiosamente, en todos los años que he trabajado con españoles, nunca he oído a ninguno de ellos leer sus propios versos. Estoy acostumbrado de alguna manera al modo, o al acento, si se quiere, de su recitación. Pero Rafael leía su poema sobre el hambre sufrida en un pueblo de Extremadura de una manera muy diferente: no como un recitador profesional, sino como un poeta, con inspiración. Su voz fina y grave invariablemente se elevaba hacia el final de cada verso, buscando la conclusión de la frase poética, de la melodía. La última sílaba débil se alargaba ligeramente; pronunciaba toda la frase como si fuera algún tipo de estribillo deliberadamente trágico. En su estilo de recitación, Rafael me recordaba sobre todo a Edward Bagritsky [...]

Luego Rafael calló; nos había encantado con su lectura. Parecía que su voz trágica hubiera llenado la habitación. En cierto modo, el trabajo de Alberti se volvió profético. La crisis espiritual que había experimentado despertó partes de él que nadie había visto antes. Bajo el poeta pequeñoburgués de años anteriores, surgió un “cantor del pueblo”, o, para ser más exactos, un cantor de la furia y la tristeza del pueblo [...]

Al día siguiente llegué “un poco más temprano”, como habíamos convenido, es decir, a las diez de la mañana. María Teresa, vestida con un traje de

---

(10) Detalle curioso que no aparece ni en el “Noticiero” de 1933, ni en *La arboleda perdida*.

(11) Probable alusión a poemas como “Los niños de Extremadura” y “Romance de los campesinos de Zurita”, incorporados posteriormente a *El poeta en la calle*. Recuérdese que “Los niños de Extremadura” aparece por primera vez al final del primer número de la revista *Octubre*.

cuadros, alegremente me contó cómo y dónde habían pasado la tarde anterior, y que todo el mundo en Moscú era maravilloso. Rafael, de azul, estaba tumbado en la cama. Su brazo descubierto estaba detrás de su cabeza, y en el otro sostenía un lápiz. Frente a él había una hoja de papel llena de líneas uniformes. Parecía pensativo: estaba inmóvil, mirando al frente como si le faltaran fuerzas para apartarse de alguna palabra sólo visible para él. “Sabe usted, ha estado trabajando casi toda la noche”, me susurró María Teresa. “Exacto”, dijo Rafael de pronto, alto, muy claramente, y se levantó de la cama con los mismos movimientos ágiles, juveniles del día anterior. “Tuvimos (no se separaba a sí mismo de María Teresa) una experiencia muy intensa anoche: cuando volvíamos a casa nos encontramos con algunos soldados del Ejército Rojo en la Plaza Roja. Iban cantando mientras marchaban, ya sabe usted, bayonetas, nieve, esa canción, mientras tengamos armas y sangre. ¡Qué contraste más asombroso con España y con toda Europa en general! Escuche lo que he escrito ...” Y me leyó las palabras que había escrito durante la noche, “Un saludo al Ejército Rojo”. “Le falta un verso, pero lo escribiré hoy”, añadió, y salió para cambiarse.

“No se sorprenda —dijo, reapareciendo después de unos minutos con un traje gris sobre camisa blanca— de que los españoles convirtamos tan rápidamente los impulsos en canciones. Nuestro verdadero género como nación ha sido la poesía. Nuestro pueblo fue privado de las oportunidades para conocer y poseer la cultura que las clases poderosas habían creado en sus ciudades, así que creó sus propias imágenes poéticas, en las que normalmente se conservaban las tradiciones de los siglos pasados, las tradiciones de las muchas y variadas civilizaciones de la historia. Por eso en nuestras canciones, romances e historias populares a menudo se encuentran rastros de esos estratos antiguos, y por eso también nuestro mayor poeta, Juan Ramón Jiménez, tenía razón cuando decía que no hay un arte popular, sino que la tradición popular era el único arte. Y son nuestros campesinos españoles los que han conservado esa tradición mejor que nadie. Tengo un gran afecto por Rusia y los rusos, lo llevo en la sangre. Mi familia —trabajadores en las viñas— tenían negocios en el sur de Rusia. Incluso tengo todo un fajo de cartas escritas en ruso. No las puedo leer, por supuesto, pero las conservo. Cuando era niño en Cádiz, soñaba con Rusia mientras jugaba a la guerra debajo del techo de cristal de nuestro patio con los rayos del sol ardiente del sur lloviéndome encima. Rusia me parecía entonces una llanura infinita de nieve manchada de sangre. Podía ver a los cosacos a todo galope. Luego, en 1917, (ya me había mudado a Madrid para esa fecha), Rusia perdió su definición, la envolvió la niebla en mi mente. Y luego en 1930 otra vez volví a sentirme atraído por ella, cuando cayó la dictadura de Primo de Rivera y por fin pudimos relacionarnos con la Rusia real representada por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Por eso, no se sorprenda usted de que aquí, en medio de este pueblo, cada paso que doy a través de la Plaza Roja se me transforme en poesía. La canción y la revolución están inseparablemente unidas en la conciencia de los trabajadores españoles. Esto lo sentí vivamente cuando crucé la frontera [...]

Esta mañana en particular Rafael era el único que hablaba: tenía mucho que decir y lo decía hábilmente. Nos estuvo hablando de su niñez, de la enfermedad que le forzó irse a vivir a las montañas, y de cómo primero era pintor y después poeta. “Sabe usted, el día que recibí el Premio Nacional de Literatura, compartido con Gerardo Diego, no tenía ni un duro, y estaba literalmente medio muerto de hambre —decía, riéndose—. Para mí, aquel premio fue la salvación absoluta, más aún porque no lo esperaba”. Nos habló de las ciudades del sur, de Sevilla y Cádiz, de los cielos azul profundo de España.

“En nuestro país —remarcaba— puede hacer tanto frío en las montañas como el que tenéis aquí —fuera estaba a quince grados bajo cero— pero nuestro cielo es muy distinto, muy azul”. Nos contó muchas cosas, muy animadamente, sobre los campesinos españoles, su valor y su determinación. “¡Espere a venir a España! Saldremos de viaje por todo el país, a pie y a caballo”. Luego sus pensamientos volvieron de nuevo a la literatura española. Empezó a leer-nos algunos poemas, y una vez más me asaltó la idea de su parecido con Bagritski. Rafael, como Bagritski, parecía tener una memoria poética enorme que lo abarcaba todo. Cualquiera nombre que le mencionara, Rafael me respondía rápidamente recitando de memoria páginas enteras, casi libros enteros. Aquella mañana recitó especialmente muchos viejos romances populares [...] “Pero la canción de canciones todavía permanece, entre la multitud todavía alguien canta... pero no será para ti el juicio final, no cerraré mis labios para ti”. Me recordaba a un fragmento de “Vozmezdiie” (“Retribución”) de Blok, tan amado y leído con un tono tan inspirador por Bagritskii. Originario de un entorno de clase baja (“mi familia en el pasado era campesina”), pero habiéndose convertido luego en un pequeñoburgués, Alberti, inmerso en la lucha revolucionaria que agitaba al mundo, había vuelto de nuevo a las clases sociales más bajas, declarando la rabia y el dolor del pueblo, trayendo, además de su talento, su propia enorme cultura artística, que le colocaba en el lugar exacto en el que vienen a encontrarse todos los talentos revolucionarios de la nueva época [...]

Los Alberti tuvieron el más cálido de los recibimientos en la secretaría del MORP, como lo tuvieron también por parte de toda la familia de escritores soviéticos. En lugar de tres o cuatro días, se quedaron en Moscú cerca de dos meses, lo que me dio la oportunidad de reunirme constantemente con ellos, algunos días incluso dos o tres veces. Pronto me acostumbré a sus intereses. En la mañana paseábamos por la ciudad, visitando a escritores. Al cabo de poco tiempo, los Alberti ya tenían un círculo de amistades soviéticas: los Iasenskii, Aseev, Brik, Inber y Svetlov. Los Tretiakov se convirtieron en un gran apoyo para ellos en el difícil primer momento de asimilación a la vida soviética, rodeándolos de todo tipo de atenciones y consejos amistosos. Los Alberti, por cierto, se interesaron vivamente por la entrevista biográfica, y recuerdo que me explicaron con una gran pasión que a su vuelta iban a introducir este género en España. Pero sobre todo, era la poesía lo que ocupaba a Rafael. No conocía el ruso y no confiaba en las traducciones francesas, de modo que me pidió que le tradujera al castellano poemas de Aseev, Svetlov y otros. Yo intenté hacerlo lo mejor que pude. Así, trabajamos en la traducción de poemas de Inber sobre Lenin, de la “Marcha Levyi” de Maiakovski, de “Tri Anny” de Aseev, y de un extracto de “Dvenadstadi” de Blok. Rafael se impuso el objetivo de reunir una colección de poesía soviética. Le gustó especialmente “Granada”, de Svetlov, que fue uno de los primeros que tradujimos. “Esto es un auténtico romance español —me decía con entusiasmo— En España, seguro que esto lo cantaría el pueblo. Mire cómo suena. Me encantaría saber cómo se le ocurrió a Svetlov (así era como Rafael pronunciaba su nombre) escribir este poema y cómo se las arregló para darle una forma tan genuinamente española”<sup>12</sup>.

---

(12) El poema de Svetlov está reproducido tanto en el “Noticario” (pp. 125-28) como en el primer número de *Octubre*. Uno de los seis artículos de “Noticario”, concretamente el cuarto, titulado “El poeta Svetlov, cosaco de Ucrania” (pp. 122-28), está dedicado al autor de “Granada”. Alberti también alude a su encuentro con Svetlov en *La arboleda perdida*, pp. 29-32.

El trabajo que hicimos juntos en la colección de poesía me convenció una vez más del excepcional talento poético de Alberti. Entendía la traducción como un gran maestro [...] Se tomaba la libertad de elegir formas poéticas, pero era inflexible cuando se trataba de armonizaciones de las frases. Su oído perfecto para la poesía le hacía a veces enfadarse cuando me equivocaba con el número de sílabas. “¡No son diez, son once!” me decía en esas ocasiones, y siempre resultaba que tenía razón. Gradualmente, la idea de una antología de poesía soviética llegó a obsesionarle tanto, que dedicaba todas las mañanas a la traducción, sin abandonar el trabajo en sus propios poemas sobre los campesinos extremeños. La lista de poetas que sugirió que incluyésemos en la colección, recopilada por Brik, por Iasenskii y por mí, si no recuerdo mal, nunca abandonaba su mesa [...]

Además de una gran honestidad, sinceridad y simpatía, los Alberti mostraban una inusual capacidad de trabajo. En cuanto llegaron, parecieron instalarse directamente en nuestra rutina, trabajando sin descanso todo el día, reuniendo material y haciendo contactos culturales, etc. Los dos estaban sorprendidos y fascinados por la actividad de nuestras fábricas<sup>13</sup> [...] En enero de 1933 Rafael tuvo que dar una charla en la radio para España. Recuerdo cómo se preparó para ello con una gran solemnidad, midiendo cada frase y cada palabra. En esencia, la conferencia de Alberti apelaba a la inteligencia española para mantener una visión y una relación más respetuosa hacia la Unión Soviética.

Kelyin termina su crónica aludiendo a la vuelta de los Alberti a España y a las dificultades que tienen allí para mantener el ímpetu de sus actividades revolucionarias, que a partir de junio de 1933 se centran en la publicación de la revista *Octubre*:

Los Alberti se marcharon a principios de febrero, una tarde de helada, dejando en el MORP una reputación de gran maestría artística, honestidad, sinceridad y amor a la vida, factores de la verdadera esencia de la revolución. Mientras se iban, prometieron esforzarse por apoyar a los pioneros revolucionarios de la literatura española. No tuvieron una recepción amistosa a su vuelta de España. Los críticos burgueses, tan enamorados de los anteriores trabajos de Alberti —su “señorita inglesa” y sus “ángeles”— se revolviéron indignados ante sus amargas verdades sobre los campesinos de Extremadura. “La caída de un talento”, fue el juicio que hizo Domenchina, el crítico del periódico *El Sol*, sobre la revolución espiritual de Alberti<sup>14</sup>. Más tarde, los Alberti adquirieron un recinto con capacidad para varios miles, donde los trabajadores, los campesinos, los estudiantes revolucionarios y los poetas pudieran, con su apoyo, atrapar cada palabra, cada verso. Alberti se está desarrollando como poeta revolucionario. En los momentos más difíciles, permanece en primera línea con el periódico que han creado, *Octubre*, con la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios Españoles, con su trabajo en los locales con los obreros.

En este momento se ha desatado toda una campaña de persecución contra los Alberti. Ninguno de los periódicos o editores burgueses publicará nunca sus poemas ni artículos. Ciertos números de *Octubre* han sido prohibidos y secuestrados por el gobierno de Lerroux y Gil Robles, que ha creado una

---

(13) No exagera Kelyin. El interés de Alberti por las fábricas en Rusia se manifiesta en “Fábricas y crematorios”, quinto artículo de su “Noticiero” (pp. 128-31).

(14) Alusión al artículo de Domenchina “Poesía y crítica”, publicado en *El Sol* en mayo de 1933, en el que ofrece unos juicios muy negativos sobre el libro *Consignas*, diciendo que “está en las antípodas de las posibilidades de un poeta”.

atmósfera altamente contraria a ellos. “Si el Fascismo triunfa aquí, definitivamente nos vamos a Lanzarote (la isla donde los reaccionarios españoles conviven con sus enemigos revolucionarios)”, me escribía con amarga ironía Rafael en una de sus últimas cartas [...] Pero a pesar de todo, la carta terminaba con una llamada entusiasta a continuar la lucha.

No sé si estas líneas llegaran a manos de mi “familia española” (como los Alberti se llamaban a sí mismos)<sup>15</sup>, pero me gustaría que supieran con qué ardiente simpatía seguimos en la Unión Soviética sus actividades revolucionarias<sup>16</sup>.

Es imposible saber si Alberti se enteró de la publicación del artículo de Kelyin, pero es probable que de haber llegado a conocerlo, no le hubieran disgustado los comentarios y observaciones de su amigo ruso. La crónica de Kelyin tiene la gran virtud de aclarar las circunstancias en que se desarrolla el sentir literario e ideológico de Alberti durante los años de la República. Aunque sus filiaciones políticas ya estaban claras antes de 1933, es evidente que el contacto directo con las realidades de la Unión Soviética las fortaleció, dándoles una orientación partidista bien definida. Si, a su vuelta a España, Alberti encabeza el movimiento hacia la creación de una literatura auténticamente revolucionaria en el país, es, sin duda, gracias al impulso que el ejemplo de la Unión Soviética ha dado a sus propias ideas y poesía. La revista *Octubre*, por ejemplo, sería inconcebible, creo, sin la experiencia previa de Moscú y sin el conocimiento personal de la obra de los poetas rusos más destacados de la época<sup>17</sup>. Con Kelyin a su lado, día tras día, a lo largo de los dos meses que pasa en Rusia, Alberti lee, escucha, comenta, discute y traduce, familiarizándose así con las diversas modalidades de la poesía revolucionaria: su carácter público, su estilo declamatorio, su explotación de los recursos expresivos del lenguaje... Si, a fin de cuentas, Alberti se convierte a su regreso a España en auténtico “poeta en la calle”, es gracias, sobre todo, a la amistosa colaboración poética de Fedor Kelyin bajo la nieve de Moscú.

## OBRAS CITADAS

ALBERTI, Rafael. *Poesías completas*. Buenos Aires: Losada, 1961.

—*La arboleda perdida*, 2. *Tercero y cuarto libros* (1931-1987). Madrid: Alianza, 1998.

—*Prosas encontradas*. Edición de Robert Marrast. Barcelona: Seix Barral, 2000.

—“Noticiero de un poeta en la URSS”. En *Prosas encontradas*, pp. 110-33.

BERGAMÍN, José. “Cartas vistas. A los escritores soviéticos”. *El Pasajero. Peregrino Español en América* (México), núm. 1 (primavera de 1943), pp. 91-94.

CHABÁS, Juan. “Fedor Kelyin, un gran hispanista soviético”. *El Mono Azul*, núm. 29 (agosto de 1937).

DOMENCHINA, Juan José. “Poesía y crítica”. *El Sol*, 21 de mayo de 1933.

KELYN, Fedor. “Rafael Alberti y María Teresa León”. *Literatura Internacional*, núms. 3-4 (1934), pp. 239-45.

KELIN [sic], Fedor. “Carta telegráfica” [= a José Bergamín]. *El Pasajero. Peregrino Español en América*, núm. 1 (primavera de 1943), pp. 98-99.

KELIN, Fedor, Mijail Apletin y Boris Suchov. “Cartas vistas. Las letras y las armas” [= carta a José Bergamín]. *El Pasajero. Peregrino Español en América*, núm. 3 (otoño de 1943), pp. 83-87).

SCHNEIDER, Luis Mario y Manuel Aznar Soler. *II Congreso internacional de escritores antifascistas* (1937). 3 vols. Barcelona: Laia, 1978-1979.

---

(15) Alberti recoge esta misma frase en “Noticiero”, pero la atribuye a Kelyin: “«Su familia española» —como él [= Kelyin] nos llama cuando nos escribe— «no le olvida y le saluda desde aquí, desde el otro extremo de Europa, tan lejos»” (p. 120).

(16) El artículo de Kelyin se publicó en la edición rusa de *Literatura Internacional* en 1934.

(17) Pienso especialmente en el número-homenaje que la revista dedica a la Unión Soviética en octubre de 1933.